

En el centro de la tienda  
Cabe una mesa de roble,  
Sentado se ve un guerrero  
De alto aspecto y regio porte.

Viste completa armadura,  
Y sólo el casco de bronce,  
Con riquísimo penacho  
Do mil vistosos airones

Se mecen, y que ha un instante  
De la cabeza quitóse,  
Le falta; sobre la mesa  
Con el pomo del estoque,

De cuando en cuando, impaciente  
Alguno da que otro golpe;  
Que le tiene con cuidado  
La tardanza de los once.

Mas de pronto, á sus oídos  
El sonoro galope  
Llega de varios caballos  
Que hacia el campamento corren.

Levanta entonces la frente,  
Más que la del padre Jove  
Majestuosa; una sonrisa  
El bello rostro recorre;

El semblante más tranquilo  
No enojos ya ni furoros  
Amenaza, y más serenos  
Que de Abril los claros soles,

Á la entrada de la tienda  
Los ojos dirige entonces;  
Porque ha oido de unos pasos  
El rumor que ya conoce.

Es el valiente Paredes,  
Quien al verle, abalanzóse  
A su cuello, así diciendo  
En altas y alegres voces:

—Por fin hemos desmentido  
Las falsas imputaciones  
Del francés, que nos juzgaba  
Á los suyos inferiores.

— ¿Fué vuestra la prez del campo?  
Humillados los blasones  
No quedaron del francés.....  
¿Luego?.....

—Los once españoles

Demostaron hoy al mundo  
Á estocadas y mandobles  
Que son al francés iguales.  
—¡Yo los envié por mejores!

Y el Gran Capitán la espalda  
Al buen Paredes volvióle;  
El cual calló por respeto  
Y hacia su tienda marchóse.

¡A ITALIA!

ODA.

Como en la azul atmósfera  
Desde la cumbre alpina,  
Rauda se lanza el águila,  
Hasta que al sol vecina  
Un punto el vasto Océano  
Y el mundo ve á sus pies;  
Mas si flechero impávido

Tiro mortal le asesta,  
Herida el ave ciérnese,  
Y luego en la alta cresta  
Ya moribunda abátese  
Rendida su altivez;

Así caiste, ¡oh mísera!  
De la sublime cumbre;  
Y ora so el yugo férreo  
De odiosa servidumbre  
Inclinas mustia y pálida  
La antes soberbia faz:  
Te humillas ante el bárbaro  
Tirano que te asuela,  
Sin que haya un ser magnánimo  
Que de tu mal se duela,  
¡Ni un campeón intrépido  
Que ose por ti lidiar!

¡Qué! ¡sólo esclavos tímidos  
Se nutren en tu seno?  
La raza de los héroes  
De Munda y Trasimeno,  
Ni un solo ilustre vástago  
Dejó detrás de sí?  
Tú, patria de los Césares,  
Camilos y Escipiones;  
Tú, madre de los Régulos,  
Los Brutos, los Catones,  
¿No tienes ya ni mártires  
Que osen morir por tí?

¡Cuánta en el alma inspírame  
Honda piedad tu llanto!  
¡Cuánto, oh, matrona, el lúgubre  
Gemir de tu quebranto,  
Dolor infunde al férvido  
Ansioso corazón!  
¿Y á quién no mueve á lástima

¡Oh, Italia! tu amargura?  
¡Ay! Tus arroyos lípidos,  
Tus campos de verdura,  
¿Mas qué?..... ¡Tus mismas lágrimas  
Libres tampoco son!

Raza de esclavos trémulos,  
Nación degenerada,  
De tus abuelos ínclitos  
Osa empuñar la espada.....  
¿Qué esperas ya? ¡Levántatel  
¡No más esclavitud!  
El sacrosanto lábaro  
De libertad tremola.....  
¿Hay en tus campos fértiles,  
Hay una piedra sola,  
Que no recuerde altísimas  
Memorias de virtud?

¡Sús! ¡Al combate! El ánimo  
No os faltará, guerreros:  
Brillen al aire fúlgidos  
Desnudos los aceros!  
Pueble el espacio el hórrido  
Bramido del cañón;  
Llene la trompa bélica  
Los ámbitos del mundo,  
Y á la ardua lid arrójense  
Con brío sin segundo,  
Mil y mil dignos émulos  
De Bruto y de Catón.

Ya se oye el ronco estrépito  
De la feroz batalla;  
Ya en ambas partes mézclanse  
La sangre y la metralla.....  
¡Supremo Dios! ¡Ayúdales  
En la revuelta lid!  
¡Sús! ¡Mis valientes ítalos,

Ilustres ciudadanos!  
¡La Italia sus Termópilas  
Tendrá y sus Espartanos!  
¡Ya so la regia púrpura  
Tiembla el tirano vill!

¡Y si al romper impávidos  
Vuestra servil coyunda,  
Morís, nunca del héroe  
La sangre fué infecunda;  
Que es el morir dulcísimo  
Por patria y libertad!  
¡Sabed, nuevos Leónidas,  
Morir con frente altiva!  
¡Dará á los sacros túmulos  
Honor la siempreviva,  
Y al llanto de las vírgenes  
El lauro crecerá!

Mas ¡ay! el estro olímpico,  
El fuego sacrosanto  
Del genio sumo fáltame  
Á tan sublime canto;  
Pobre mi lira y rústica,  
Mi acento débil es.....  
¿Qué importa? El fuego eléctrico  
Que abrasa mis entrañas  
En manantial clarísimo  
De insólitas hazañas,  
Para ese pueblo indómito  
Se trocará tal vez!

Tal vez la humilde cítara  
Indigna de memoria,  
Mejor entone el épico  
Cantar de la victoria:  
¡Tal vez el eco escúchese  
En la remota edad!  
Y si su gloria efímera

Con el cantor perece  
¿Qué importa?—Al vate bástale  
Como á la flor que crece  
El sol, el aura plácida  
De amor y de amistad.

¡Sús! Mis valientes ítalos,  
Responda al rudo cántico  
Del extranjero vate,  
¡Sús! ¡Al feroz combate!  
¡Responda al grito altísono  
De libertad y honor!  
Y cuando la vorágine  
Del tiempo, en lo futuro,  
Con mi cadáver lívido  
Trague mi nombre obscuro,  
Sólo una amiga lágrima  
Os pedirá el cantor.

Á PÍO IX.

*Fiat lux....*

Del más excelso trono  
Que leyes dicta á la asombrada tierra,  
De allí, donde sin iras, sin encono,  
Lanzaste el grito de la santa guerra  
Contra abusos tiránicos  
Que el tiempo sancionó cual sabias leyes,  
Ejemplo dando, altísimo,  
Á los pueblos á un tiempo y á los reyes.

Desde el sublime asiento  
Á do el cielo ensalzó tu mansedumbre,  
Do de saber y de virtud portentoso  
Te admira la extasiada muchedumbre:  
Oye, Señor, el cántico  
Que por mi voz eleva hasta tu alteza

El entusiasmo férvido  
De un pueblo admirador de tu grandeza.

Que en ti, Señor, reside  
De Dios el almo espíritu fecundo  
Que en el cielo del sol la lumbre mide  
Y agita el mar y fertiliza el mundo:  
Cuya mirada fúlgida  
Abarca el orbe y la estrellada esfera,  
Y traza en orden rápido,  
Su suerte al hombre, al astro su carrera.

Hízote el Poderoso,  
Como al Profeta Rey, prudente y sabio;  
Como al suyo, á tu acento sonoro  
Dióle la unción divina de su labio;  
Nuevo Moisés, del Sínai  
Celestial remontándote á la altura,  
Diste á tu pueblo un código  
De amor y de esperanza y de ventura!

Hablaste.—Tus acentos  
Despertaron á un pueblo adormecido,  
Y en las alas llevados de los vientos  
Recorrieron el orbe estremecido.  
Bajo el dosel espléndido  
Los déspotas también los escucharon,  
Y envueltos en su púrpura  
Con el frío del miedo tiritaron.

Hablaste..... y al sonido  
De tu inspirada voz se estremecieron  
Los restos entregados al olvido  
De los fuertes varones que vivieron:  
En sus modestos túmulos  
Gimieron de placer los Escipiones,  
Y en eco respondieronles  
Las cenizas de cien generaciones.

La sangre esclarecida  
Hirvió de los egregios genitores,  
Y en las venas corrió con nueva vida  
De los degenerados sucesores;  
É interminables vítores  
Saludaron al nuevo soberano  
Del Tíbre al Volga gélido,  
De Europa hasta el confín americano.

Cual de la excelsa cumbre  
Lenta desciende la gigante roca,  
Mas luego, por su misma pesadumbre,  
Ya corre, ya hacia el llano se desboca,  
Y en su carrera rápida,  
Detrás de sí dejando inmensa calle,  
Trueca en desnudo páramo  
El bosque, hasta llegar al hondo valle;

Tal contra el soberano  
Impulso que en tu amor al pueblo diste,  
El mundo entero se opusiera en vano;  
Que es misión que del cielo recibiste.  
¡Sigue, Señor, impávido;  
No te arredre la lid, sigue adelante!  
¿Qué temes á los déspotas,  
Si pugna en tu favor el sumo Atlante?

De estragos y rencores  
El tiempo fué.—La lucha encarnizada  
Del pueblo y sus cobardes opresores,  
Finará maldecida y execrada:  
En vez del casco férreo  
De los Julios, tu frente encanecida  
Defienda el santo lábaro  
Signo de redención y eterna vida!

Que el Salvador divino,  
De luto y sangre, y de rencor y guerra,  
No infausto nuncio al universo vino,

Sino de amor y paz nuncio á la tierra;  
Y cuando allá del Gólgota  
Le vió expirar la maldecida cumbre,  
Rindió el divino espíritu  
Entre acentos de amor y mansedumbre!

Hombres de entrambos mundos,  
¡Ved cuán fuerte y lozana se levanta  
Y rica en bienes de virtud fecundos  
De la alma libertad la egregia planta!  
¡Ved cuál ocultan trémulos  
Los tiranos la torva faz impía  
Al ver el astro présago  
De la unión y la paz y la alegría!

Y tú, Príncipe augusto,  
Padre del pueblo, sacerdote santo;  
Tú, que la gloria cifras en ser justo  
Y enjugar de tus súbditos el llanto:  
¿Al corazón magnánimo  
Ya que le falta para ser dichoso?  
Ver en su amor al ítalo  
Libre y feliz, y grande y poderoso!

Y lo será.—Ya leo  
Del hondo porvenir en los arcanos;  
En solo un pueblo ante mis ojos veo  
Los numerosos pueblos italianos:  
Unido al de Parthénope  
El romano y lombardo y el de Etruria,  
Y el piamontés intrépido,  
Y el navegante audaz de la Liguria!

De bárbaros confines  
Veo acudir millares de paganos,  
Acatando de Dios los altos fines,  
Á abjurar sus errores en tus manos.  
«¡Aqueste es el Pontífice  
Del verdadero Dios; su fe es la santa!»

En inefable júbilo  
Postrados clamarán ante tu planta.

¿Y á cuál más pura gloria  
Pudo aspirar en su ambición el hombre?  
En el inmenso libro de la historia,  
¿Qué nombre habrá, Señor, como tu nombre?  
La gloria, cual relámpago,  
Cae del tiempo en el bátrato profundo;  
Pero tu fama altísima  
Vivirá tantos siglos como el mundo!!!

### Á ITALIA (1).

....Dextera tua, Domine, magnificata est in fortitudine: dextera tua, Domine, percussit inimicum.  
*Cánt. de Moisés. (Exod., xv, 1.)*

La hora sonó.—Del fúlgido  
Alcázar soberano  
Tronó tu voz terrífica,  
Se alzó tu eterna mano;  
Y al escuchar el mundo  
Tu acento tremebundo,  
De gusto y gozo trémulo  
Postróse y te adoró!  
¿Qué hacéis, valientes ítalos,  
Que aun os sufrís esclavos?  
Pueblo fecundo en héroes,  
Ora ¿dó están tus bravos?  
¿Dó están tus Escipiones,  
Tus Brutos, tus Catones,  
Del Alpe al Etna túrbido,  
Del sacro Tíbre al Po?

(1) Después de la victoria de los milaneses y venecianos, etc.

Ya se alzan, ya.—¡Qué espléndidas  
Falanges vencedoras!  
Ved cuál se agitan pálidas  
Las huestes opresoras.....  
—¡Sús! ¿qué esperáis?—Los grillos  
Romped, fuertes caudillos!  
¡Suene la trompa bélica  
Del uno al otro mar!  
¡Oid!..... piadosos cánticos  
Al cielo azul se elevan;  
Á la ardua lid los mártires  
Mil hecatombes llevan.—  
¡Espléndido holocausto!  
¡Día por siempre fausto,  
La libertad por ídolo,  
La patria por altar!

Ya marchan..... ya el relámpago  
Se ve de los aceros;  
Conturba ya la atmósfera  
La voz de los guerreros:  
Con lúgubre estampido  
Brama el cañón temido,  
Y el humo y sangre mézclanse  
Al polvo de la lid!

Y á debelar las hórridas  
Falanges del tirano,  
¿Dónde el caudillo intrépido?  
¡Miradle!—¡Es un anciano!  
Ardiendo en santo brío  
Álzase el Nono Pío.....  
¿Quién contra Italia incrédulo  
Si Dios es su adalid?

Dios, que en su santa cólera,  
Contra el poder injusto  
Puso en la mano trémula  
Del sacerdote justo  
Los rayos de su diestra;

Y en la mortal palestra,  
Nuevo David, revístele  
De fuerza y juventud.  
Al viento dando el lábaro  
De libertad, del Tibre,  
Con voz clamó estentórea:  
«¡Viva la Italia libre!»—  
¡Y á obedecer sus leyes,  
Los pueblos y los reyes  
Cabe su trono agólpanse,  
Que es faro de salud!

¡Huid vosotros, déspotas,  
De ese fecundo suelo;  
Huid, vencidas águilas  
Del Norte, en raudo vuelo!  
¡Huid! ¡huid!—¡Ya dora  
De libertad la aurora  
El llano y la alta cúspide  
Del ítalo confín!

Buscad asilo rápidas  
En vuestras hondas nieblas;  
Que ya del suelo itálico  
Huyeron las tinieblas:  
En polvo el yugo impío  
De vuestro poderío  
Cayó.—¡No ya más lágrimas,  
Que el duelo tuvo fin!

Huid, funestas águilas;  
Que basta á vuestra gloria  
De tanto mal la fúnebre  
Interminable historia.  
¿Mas dónde?—En vuestro abrigo  
Aguardaos el castigo;  
Que ya en el Norte gélido  
Se alzó la libertad.  
¡Prez á vosotros, ítalos,  
Heroicos vencedores!

Ya en vuestro suelo indómito  
No hay siervos ni señores:  
Trocóse la esperanza  
En gloria y bienandanza.....  
¡Cantemos del Altísimo  
La eterna majestad!!!

MEDITACIÓN.

¡Noche callada, límpida, serena,  
Cuán bella pasas á mis tristes ojos!  
Mécese en el zenit la luna llena,  
Y dorados manojos  
De estrellas rutilantes, en su lento  
Grandioso movimiento  
Por la bóveda azul, blando rocío  
De luz desparcen sobre tierra y mares,  
Los límites salvando, seculares,  
Del nunca hollado campo del vacío.

¡Cuántos sucesos, ¡ay! cuántas edades,  
Cuántos claros renombres,  
Virtudes y maldades  
Y generosos y mezquinos hombres  
Vuestros rayos castísimos miraron  
Que efímeros pasaron  
Y á sumirse volvieron  
En el golfo sin fin de que salieron!  
—Edades mil y mil generaciones  
Contemplaréis aún: altas virtudes,  
Torpes vicios, volcánicas pasiones,  
Flacos y levantados corazones.....  
¿Mas será vuestra luz la luz eterna,  
Ó bien en la superna  
Región donde os contemplo suspendidas  
Se apagaron también vuestros fulgores,

En los propios ardores  
Como los otros fuegos consumidos?

Escrito está que un día  
Atravesando la región vacía  
Con indecible pompa  
De miedo, y de terror y de amargura,  
En la tiniebla oscura  
Se oirá de un ángel la estridente trompa.  
Alta de Dios la omnipotente mano  
Secará el Oceano,  
Y llena hasta los bordes la medida  
De cuanto á la existencia fué creado,  
Á átomos impalpables reducida  
Esta masa de fango ensangrentado  
Que tierra se llamó, caerá perdida  
De la nada al abismo ilimitado.  
Mas del libro en las páginas eternas  
Leo también que vuestros dulces ojos  
Se apagarán: la mano creadora  
Del tiempo, al resonar la última hora,  
Cerrará vuestros párpados amante,  
Cual cierra, palpitante  
De piadosa emoción, el triste anciano,  
Con temblorosa mano,  
Los ojos de la virgen sorprendida  
Por la feroz guadaña de la muerte  
En medio del tumulto de la vida!

La creación entera estremecida  
Á la voz de Jehovah, más alta y fuerte  
Que el tremendo rugido  
Que lanza el ancho mar, embravecido  
So el rudo azote de huracán violento;  
Del alto firmamento,  
Poblando los abismos insondables  
De la ignorada inmensidad vacía,  
Oirá tronar en notas espantables  
Que al fin llegó su postrimero día!